



Guy de Maupassant (1850-1893).

Nota de la redacción

Guy de Maupassant (1850-1893).
Editors' note

■ En Normandía, en el término de Tourville-sur-Arques, a mitad de camino entre Dieppe y Rouen, se alza el château de Miromesnil. En aquella mansión rodeada de un jardín con árboles centenarios, venía al mundo el 5 de agosto de 1850 René Albert Guy de Maupassant, uno de los puntos de referencia en ese peculiar cosmos literario que es el relato breve.

Creció en una atmósfera familiar sin armonía. Su padre, Gustave Maupassant, heredero de una notable fortuna, cultivaba los placeres mundanos, en especial los infradiafragmáticos, y pronto despreció a su esposa y madre del neonato: Laure de Poittevin. Ésta, una mujer cultivada, amante de la literatura, que tenía amistad con Gustave Flaubert (1821-1880), con delirios de grandeza y espiritual hasta el exceso, hubo de soportar más de una paliza física a manos de su marido ante los aterrados ojos del niño. El matrimonio se trasladó en 1854 a Grainville, cerca de Étretat, también en Normandía, donde nació poco después su segundo hijo, Hervé, poco dotado intelectualmente y que moriría demenciado a los 34 años en una casa de salud en Antibes.

Aunque su madre se esforzó por cultivar en él el afán por la lectura, es probable que el ambiente en que Guy pasó los primeros años de su vida empapara su espíritu tanto vital como literario de una descarnada misantropía.

Su infancia transcurrió en la región de Caux, alta Normandía, una tierra feraz, agrícola y marinera, rica en tipos y lugares que más adelante aparecerán en sus páginas. Desde los siete hasta los trece años recibió una educación religiosa en el domicilio familiar y cuando se inscribía en el Instituto eclesiástico de Ivetot sus padres se separaban, quedando bajo la tutela de la madre.

A los trece Guy ya era un mozalbete vital, buen nadador, amante del mar, capaz de gobernar un balandro por la costa, poco dado a la disciplina de las aulas, que leía libros "prohibidos" y escribía sus primeras páginas. A los 14 contribuía al salvamento del poeta Charles Swinburne, a punto de morir ahogado en las playas de Étretat. Este inglés extravagante y libertino le "instruía" y le regalaba una mano humana disecada que conservaría toda su vida y constituirá el núcleo de uno de sus relatos más celebrados.

Pronto, a los 16, probó las mieles del que sería, con el mar y la literatura, uno de sus tres móviles vitales: la mujer. En 1867 era instado a abandonar el insti-

tuto de Ivetot y se trasladaba a Rouen donde, al finalizar su bachillerato en Letras dos años más tarde, festejará la graduación en un burdel.

Visitaba a Flaubert, amigo de la familia materna y ya literato consagrado, que le orientaba sobre el incierto camino de la escritura. Pronto viajó a París y se matriculó en la Facultad de Derecho, si bien su paso por ella fue fugaz pues el 19 de julio de 1870 al estallar la guerra francoprusiana se alistó como voluntario.

Fue destinado a Rouen y poco después a Alsacia, donde asistió al derrumbamiento del frente y la derrota sin paliativos del mal pertrechado y peor dirigido ejército francés. El poco honorable comportamiento de sus jerifaltes, ahítos de soberbia y verborrea, pero ineptos, carentes de orgullo y entereza, harían que Maupassant adquiriera un profundo afecto por las gentes del pueblo llano y un odio hacia los prusianos sólo comparable con el desprecio que siempre sentiría por sus compatriotas figurones de la política y la cúpula militar. Y, conociendo lo que escribirá años después, por su cabeza tal vez pasara por entonces la idea de “nos veremos en mis páginas”.

París cayó y el armisticio se firmaba el 10 de mayo de 1871. Francia quedaba a los pies de Bismarck.

Maupassant consiguió que su padre pagara la cantidad estipulada para que otro joven ocupara su puesto y pudiera abandonar el servicio militar. Dejó el Ejército y para sobrevivir se convirtió, merced a una carta de recomendación de Flaubert, en funcionario; primero del Ministerio de Marina, desde 1872 hasta 1878, y después del de Instrucción Pública hasta 1880. Un período de ocho años del que escribirá: “Me hundí en heces hasta las cejas, sumergido en las redes y tristezas de una burocracia indescriptible”.

Pero vivía en París, era joven y fuerte; se creía invulnerable; remaba los fines de semana por el Sena; frecuentaba los tugurios de sus orillas, cultivaba todas las pasiones y conocía bien el mundo de las princesas de la noche; observaba la triste existencia de los marginados y la ramplona psicología de los burgueses de todas las edades, credos y sexos, a la vez que sacaba tiempo para leer desde Aretino a Baudelaire; de Cervantes a Demóstenes; desde Cicerón a Dante; de Hoffmann a Lord Byron; de Horacio a Dickens; desde Goethe hasta Hugo; de Poe a Balzac; de Schopenhauer a Boccaccio, o desde Sade a Gogol.

En casa de Flaubert conoció a Émile Zola (1840-1902), quien le presentó a Ivan Turgueniev (1818-1883), Alphonse Daudet (1840-1897) y Edmond Goncourt (1822-1896). Durante algunos años todos los jueves al atardecer visitaría a Zola y su gremio de amigos, primero en el café Trapp y más tarde en su mansión de Médan, cerca del Sena.

En 1875 publicaba, bajo el seudónimo de Joseph Prunier, *La main d'ecorché* (*La mano disecada*), su primer cuento; un macabro relato en el que percibimos la influencia de Poe y en el que vertía ciertos recuerdos de infancia. Le seguirían *Le docteur Héraclius Glos*, donde ya tocaba el tema del doble y en el que se halla la influencia de Hoffmann, y artículos en *La Nation*. Por entonces visitaba con asiduidad el cabaret “La Grenouillère” (*La charca de las ranas*), alardeaba de su potencia coeundi y atrapaba la lúes, de lo que insensatamente se jactaría. No hizo caso del consejo de Flaubert: “¡Demasiado remo; demasiado ejercicio; demasia-

das p...! El hombre civilizado no necesita tanto ejercicio como aconsejan los médicos. Tú has nacido para hacer poesía. ¡Hazla! Todo lo demás no vale nada”.

Por su poema *Une fille (Una prostituta)*, publicado en 1880 en *La Revue Naturaliste*, fue denunciado por “atentar contra la moral y buenas costumbres” y es probable que hubiera acabado en prisión de no mediar una carta exculpatoria de Flaubert en *Le Gallois*.

Pero, ese mismo año, en el que su mentor moría de un ictus, leyó ante Zola y un selecto grupo de literatos, un relato titulado *Boule de suif (Bola de sebo)*. Un texto que vio la luz el 16 de abril incluido en la antología *Les Soirées de Médan*, editada por el propio autor de *Germinal* y que significaba su irrupción en el mundo literario.

Desarrollada en la Francia ocupada durante la guerra con Prusia, en un viaje en diligencia desde Rouen al puerto de Le Havre, sus páginas eran una crítica corrosiva de la sociedad francesa. Unas páginas, en las que, frente a la ramplonería moral de un político, de un matrimonio de comerciantes, de un conde y su mujer y de un par de monjas, el único personaje que demostraba poseer amor propio y a su país era una prostituta, Bola de sebo. Una desgraciada que se sacrificaba a un oficial prusiano para ayudar a sus miserables compañeros de viaje que, por supuesto, la despreciaban.

Con Bola de Sebo, calificada por Zola como “una obra maestra; una obra perfecta de ternura, audacia e ironía”, Maupassant había hecho algo difícil en Literatura: había creado un arquetipo. Y es que, cómo no recordar ese personaje cuando, por ejemplo, veamos dos obras cinematográficas ya clásicas como *El expreso de Sanghai* (Joseph von Sternberg, 1932), o *La diligencia* (John Ford, 1939).

Aquel relato de 1880 fue como el disparo de un meteoro, ya que Maupassant publicó a partir de ese momento casi 400 cuentos, además de crónicas y artículos, muchos de ellos bajo pseudónimos (Joseph Prunier, Maufrigneuse, Chaudron du Diable, Guy de Valmont) repartidos entre diarios y hebdomadarios, en su mayoría de París. Relatos que recopiló en libros como *La maison Tellier* (1881), *Mademoiselle Fifi* (1882), *Miss Harriet* (1884), *Contes de la bécasse* (1883), *Les soeurs Rondoli* (1884), *Clair de Lune* (1884), *Tonio* (1885), *Contes*



Figura 1. Guy de Maupassant (autor desconocido).

du jour et de la nuit (1885), *L'Horla* (1887) y *La main gauche* (1889). Textos que desde muy pronto fueron aguardados con expectación por una legión de lectores, y a los que añadía un libro de poemas, *Des vers* (1880), tres obras de teatro: *Une histoire du vieux temps* (1879), *Musotte* (1891) y *Une répétition* (estrenada en 1904); y seis novelas: *Une Vie* (1883), *Bel-Ami* (1885), *Mont-Oriol* (1887), *Pierre et Jean* (1888), *Fort comme la mort* (1889) y *Notre cœur* (1890).

A nivel íntimo amaba el mar y el dinero, e idealizó su Normandía natal. Siempre recordaría las playas y acantilados de Étretat que tantas veces vio de niño; aquellos paisajes que Corot y Monet plasmaron en sus lienzos. Se creó una teoría filosófica personal amarga, desolada, iconoclasta y provocadora en la que, pensaba, el hombre y la mujer no podían alcanzar una mínima armonía dentro del matrimonio. “Es preciso amar y amar locamente, sin ver lo que se ama, porque ver es comprender y comprender es despreciar... El amor de las mujeres es monótono, como el espíritu de los hombres”, escribió. Afirmaba que el sufragio universal era una estupidez y que la mujer debía estar siempre en un segundo nivel. Era escéptico y pesimista, y despreciaba por igual a los bienpensantes, la religión, el orden establecido, los funcionarios, las jerarquías y los políticos: “Antes, cuando uno no valía para nada, se hacía fotógrafo; hoy se hace diputado”. Le horrorizaba la maternidad y buscaba los amoríos mientras huía del amor. Tuvo ocho amantes duraderas, relaciones con al menos cinco damas de la “alta sociedad”, y parece ser que tuvo tres hijos, a los que no reconoció pero sí se ocupó de su manutención durante algún tiempo.

A la vez, su energía, capacidad de observación, imaginación, sentido artístico y dominio de la técnica narrativa, le permitieron crear el conjunto de una obra más que notable en sólo quince años. Como escribió Zola: “era comprendido porque él era la claridad, la sencillez, la medida y la fuerza. Era amado porque poseía la bondad risueña, la sátira profunda, la alegría audaz que persiste incluso bajo las lágrimas... Los lectores, los admiradores, no se equivocaban...”.

La literatura le enriqueció y le permitió adquirir un yate, el *Bel-Ami*, y residencias en París, la Costa Azul y en Étretat. Para tratar su enfermedad, en un tiempo en que la Medicina sólo podía ofrecer placebos para el treponema, los médicos le aconsejaron ir a la mar, buscando el efecto beneficioso del yodo. Así, visitó Argelia, Túnez, Sicilia, Italia, Bretaña e Inglaterra. Fruto de ello fueron tres libros de viajes: *Au soleil* (1884), *Sur l'eau* (1888) y *La vie errante* (1890).

Pero, el “mal francés” minaba su cuerpo y ya en 1881 sufría algunas de sus manifestaciones: iritis, cefalea, alopecia, nerviosismo... Preocupado, asistió entre 1883 y 1884 a las clases que el gran Charcot (1825-1893) impartía en el hospital de *La Salpêtrière* y pudo ver sobre el terreno los síntomas de la histeria, la inclemencia de las enfermedades neurodegenerativas y la tragedia de las demencias. Allí coincidió con Axel Munthe, destacado psiquiatra y escritor sueco (pero no con Sigmund Freud, que pasaría por sus aulas entre 1885 y 1886) y observó los efectos devastadores de la entonces frecuente neurolúes. Una enfermedad cuyos síntomas se acrecentaron en él de día en día: ataxia, debilidad muscular, crisis tabéticas con dolores lancinantes, retenciones de orina... y, lo más temible, la pérdida de sus facultades mentales.

En 1887 publicó *Le Horla*, título que se presta a discusión (“¿vete de ahí?”, “¿el extraño?”), relato en el que un ser maléfico e invisible anunciaba el fin de los tiempos. Un ser desafiante que ponía al protagonista ante el miedo a su doble, ante el terror a la soledad y la nada; ante un miedo que abrumaba al hombre que se sentía vacío y que para huir de aquel ser recurría al suicidio. Y si recordamos a Poe cuando leemos los cuentos de terror de Maupassant, cuando leamos algunas páginas de Lovecraft recordaremos a Maupassant.

Aún vio el éxito que tuvieron sus tres últimas novelas, en especial *Pierre et Jean* (1888), con cuarenta mil ejemplares vendidos en un mes, y dejó inconcluso un último libro (*L'Angelus*) pleno de diatribas contra Dios (“el mayor saqueador de sueños que ha habido sobre la tierra”), en el que era evidente su insania.

Se encontraba en Cannes cuando redactó su testamento el 15 de diciembre de 1891. En un manuscrito bien legible a pesar del temblor, nombraba heredera universal de sus bienes a su sobrina Simone de Maupassant, hija de su desgraciado hermano Hervé, y dejaba una notable renta vitalicia anual a su madre, así como 10.000 francos a su fiel sirviente François Tassart, que le acompañó desde 1883 hasta el final.

Unos días después escribía al doctor Henry Cazalis, su médico y amigo, una carta que era un ejemplo de delirio sistematizado: “Estoy perdido. Tengo el cerebro reblandecido por los lavados que me he hecho con agua de mar a través de las fosas nasales... Cada noche mis sesos se me escapan por la nariz y la boca en forma de una masa pegajosa y salada con la que lleno una palan-gana... Mi muerte es inminente. He perdido la cabeza...”.

El uno de enero de 1892 intentó pegarse un tiro en la cabeza con un revólver, pero Tassart, previéndolo, le había quitado las balas. Al ver lo fallido de su intento, tomó un abrecartas e intentó, también sin éxito, cortarse el cuello. La profunda herida pudo ser curada, pero el agotamiento y los delirios ya eran casi continuos. Seis días después fue trasladado en tren a París e ingresado en la “casa de salud” del doctor Blanche. Allí pasaría 18 meses en una dramática agonía de alucinaciones visuales y auditivas, verborrea insensata, agresiones verbales contra todo lo humano y lo divino, crisis epilépticas, confusión, caquexia y parálisis progresiva.

Guy de Maupassant murió al mediodía del 6 de julio de 1893, un mes antes de cumplir los 43 años. Sus restos recibieron sepultura al día siguiente en el cementerio de Montparnasse. Bajo un sol que derretía las lápidas, Zola pronunció el elogio fúnebre. Un encomio que finalizaba: “Et dans la suite des temps, ceux qui ne le connaîtront que par ses oeuvres l'aimeront pour l'éternel chant d'amour qu'il a chanté à la vie”¹.

Por cierto, en aquella venerable tierra también descansan los huesos de los que en vida fueron Charles Baudelaire, Julio Cortázar, Simone de Beauvoir, Samuel Beckett, Marguerite Duras, Jean Paul Sartre, Émile Cioran, César Vallejo o Eugéne Ionesco. Es fácil imaginar los aquelarres literarios que se organizarán allí en las noches de plenilunio.

¹ “Y en el curso de los tiempos, los que le conocieron sólo por sus obras le amarán por el eterno canto de amor con que cantó a la vida”.